

ejercicios; en aquel momento la excitación alcanza su grado máximo: el demonio ha pasado del cuerpo del enfermo al de la waliana en el que permanece mientras ésta quiere. Después que la waliana se ha herido en la cara y en otras partes del cuerpo, se coloca al enfermo junto a la viga, se le pone encima un paño y se llama nuevamente a su alma, para lo cual sirven los presentes que allí se han amontonado, los cantos que se entonan, los gritos de las gallinas a las que se martiriza y el arroz que se esparce por el suelo. El lugar que antes ocupaba el demonio vuelve a quedar abierto y el alma se encuentra quizás junto a las ofrendas propiciatorias. La anciana toma entonces un palo que tiene adheridas algunas hojas de *tawaan* y con él ejecuta rápidos movimientos al rededor del lugar en que cree que se encuentra el alma sin cesar por esto de cantar y de bailar. Por fin el alma parece haberse trasladado a las hojas de *tawaan* a las cuales la waliana acerca con precaución la cabeza del enfermo y mientras la waliana joven agarra fuertemente las hojas de *tawaan* envueltas en un trapo, la waliana vieja da un grito, cae el trapo sobre la cabeza del enfermo, se pronuncia un último conjuro y el alma vuelve a su antigua residencia. Entonces se examina al enfermo y ó bien se le declara curado ó se prosigue el conjuro hasta que el alma ha vuelto a entrar en el cuerpo.

Cuando se trata de los espíritus de peor especie no puede hacerse el conjuro de día sino durante la noche y si todos los medios resultan inútiles practícase aquél en las encrucijadas en las cuales en medio de la soledad nocturna vense á menudo algunas luces colocadas al rededor de una cestita con arroz, sirih y pastas. Generalmente se cura de una vez á varios pacientes juntos cuando sus enfermedades son ligeras. Cuando una enfermedad toma tal incremento que se hace forzoso atribuirla al soplo venenoso de algún espíritu maligno, se publican órdenes expiatorias, después de lo cual no puede matarse en el distrito ningún búfalo, caballo, cabra, ni gallina; está vedado arrancar bambúes y árboles y cultivar y recoger frutos. Ya hemos dicho más arriba que al fin se han aplicado castigos corporales y aun la pena de muerte á delitos que hasta ahora habían sido ligeramente penados.

Los niños representan cierto papel en los asuntos religiosos, estándoles confiada en Halmahera la custodia de la harina de arroz de color preparada para los buenos espíritus. En las embarcaciones de Timorlaut hay un niño especialmente dedicado á guardar el fetiche protector.

Como en toda la historia de las religiones, es aquí sumamente difícil distinguir el fervor verdadero de la mentira y saber lo que es devoción y lo que es engaño impío. La existencia está de tal manera llena de espíritus que la encadenan y oprimen que el estar poseído de los malos espíritus es una cosa muy corriente. Todos los grandes sucesos, como pestes, guerras ó malas cosechas, son causa de que no se hable más que de espíritus y profecías. Cuando en 1875 el cólera se enseñoreó de Bangkala, las comarcas más perjudicadas fueron las de Palingu y Garasikang: súpose un día que una mujer de Palingu había notificado á la población que el espíritu del gran Upu, el regente de los salejos, se había encarnado en ella y otra declaró que estaba poseída del espíritu de la gran montaña de sacrificios Karebossi; una y otra se vistieron de hombre, pusieron un paño en la cabeza y se armaron de un krisi, afirmando ambas que podían conjurar el cólera recorriendo las aldeas y recitando fórmulas mágicas. La plebe creyó en el poder de esas dos mujeres á las cuales visitó llevándoles los consiguientes regalos en dinero, viandas, sirih, etc., é implorando su auxilio contra el cólera. En tales circunstancias se

dejan ver también los llamados «descendidos del cielo», pero por regla general no son más que unos embaucadores. Lo más común es apelar á los sueños durante los cuales la persona escogida indica un medio contra la enfermedad, para remediar la mala cosecha, etc.

La pluralidad que la adoración religiosa presenta entre los malayos no permite una concentración en determinados lugares destinados al culto, de modo que no existen en sus territorios templos propiamente dichos sino muchos sitios sagrados que son á la vez lugares para los sacrificios. Entre los madagascarenes y los bugis los santuarios de tribu consisten simplemente en una casita levantada junto á otra reservada á los sacrificios; en Halmahera, Tidor y Ternate, la casita en donde se depositan los sacrificios consistentes en manjares se denomina *Kakiroba*, es decir casita de los espíritus, y está emplazada junto á la casa del consejo y á ser posible de manera que guarde la entrada de la aldea y aleje de ésta á los malos espíritus. En las aldeas de Sahu hay cuatro casitas de espíritus, una para los espíritus varones, otra para los espíritus hembras, otra común y otra para el sueño profético del sacerdote. Entre los manjanes encontramos en cada casa una pequeña casita denominada *Lewu nanju* y consagrada al dios del trueno. Los particulares guardan en una casa en miniatura todas las curiosidades que pueden despertar la fe, es decir cualquier objeto, piedra, raíz ó pedazo de rama de un árbol de forma extraña, ú otras cosas análogas; tienen también sus casitas para cráneos que, según hemos visto, revisten en Formosa el carácter de lugares destinados á los sacrificios, á los cuales podría darse el nombre de templos. Las casas de los sacrificios se construyen junto á los grandes árboles y cerca de las rocas ó en las entradas de las cavernas. Los sepulcros son también, en su esencia, lugares de veneración, sobre todo cuando hace poco que en ellos están enterrados los cadáveres. Finalmente la adoración se extiende á aldeas, á comarcas enteras que se suponen habitadas por espíritus especiales, á selvas sombrías, á inaccesibles pantanos, á algunas montañas pobladas de espesos bosques, á cementerios, etc. Hay muchas cosas que son sagradas y no pueden ser usadas si están consagradas á espíritus malos; si lo están á espíritus buenos, nadie puede ultrajarlas, pues son *padi ó pali*, es decir ilícitas.

Gracias á extranjeras influencias se construyeron en el archipiélago malayo algunos templos cuya grandiosidad causó admiración á las generaciones posteriores, pero hoy están olvidados y destruidos. El islamismo no ha logrado, ni con mucho, construir templos tan grandiosos como aquellos: la noticia que nos da Riedel hablando de Holontalo de que «en las capitales se encuentran algunas pobres mezquitas» puede aplicarse á casi todas las comarcas mahometanas del archipiélago. Los *missigits*, que tal es la denominación que los malayos y javaneses dan á las mezquitas, son sumamente sencillos así en el exterior como en el interior; en la mayoría de los casos están construídos con madera y sus techos cubiertos de juncos son puntiagudos y á veces están colocados tres, cuatro ó cinco unos encima de otros á manera de torres. La torre, minarete ó *meinara*, desde donde el *katieb*, sacerdote, anuncia la hora de la plegaria es de forma sumamente extraña; una especie de tambor sirve para advertir á los fieles que se acerca el momento de arrojarse al suelo dentro ó fuera del templo. En todas partes se encuentra á la entrada del *missigiti* grandes cacharros llenos de agua ó ánforas para que los fieles puedan hacer sus usuales abluciones ó purificaciones y en el interior del edificio sorprende encontrar en el ángulo Oeste un nicho que indica la orientación de la Meca y la dirección en que se ha de orar.

LIBRO SEPTIMO

LOS MADAGASCARESES

CAPÍTULO PRIMERO

SITUACIÓN Y NATURALEZA DE MADAGASCAR (1).

«La isla de Madagascar aunque situada en una zona tórrida posee las mismas estaciones del año que las zonas templadas.»

FRESSANGE

Situación de la isla. — País alto. — Pobreza de ríos. — Clima. — Plantas útiles indígenas. — Fauna.

Madagascar con una superficie aproximadamente de 600.000 kilómetros cuadrados (1.600 de longitud por 560 de anchura máxima) es una de las mayores islas habitables, está dotada de un clima excelente, posee abundantes plantas y animales, ostenta gran variedad en punto á configuración del suelo y á riegos y aparece adornada de otras condiciones no menos favorables. Todas estas circunstancias hacen que tenga espacio y medios suficientes para constituir un territorio con pueblos propios, tanto más cuanto que está separada por vastas extensiones de mar de los territorios más próximos y puede, por ende, bajo todos conceptos tener una existencia independiente. Madagascar dista 50 millas geográficas de la costa oriental de Africa y 90 de la isla de Borbón, la mas cercana de todas las grandes islas que á su alrededor se encuentran; 270 millas la separan de la Arabia y casi otras tantas de la India. Las condiciones del mar que rodea á Madagascar aumentan el aislamiento por el Sud y por el Oeste, hacia donde se precipitan las olas de la corriente marina que se dirige al Sud y que es de las más rápidas que se conocen. En las costas oriental y septentrional extiéndense las tranquilas aguas del Océano Indio en las cuales el cambio regular de los monzones está interrumpido por asoladoras borrascas por fortuna poco frecuentes. Los mejores puertos están situados al Noroeste.

Madagascar es principalmente un país montañoso, ocupando las mesetas y las montañas una gran parte de su interior; gracias á esta configuración del suelo han podido antiguos autores franceses comparar esta isla con el Sud de Africa. Las altas montañas de la región central montañosa alcanzan á menudo la altura de 2.000 metros; no tenemos, sin embargo, mediciones exactas. Sibree dice que

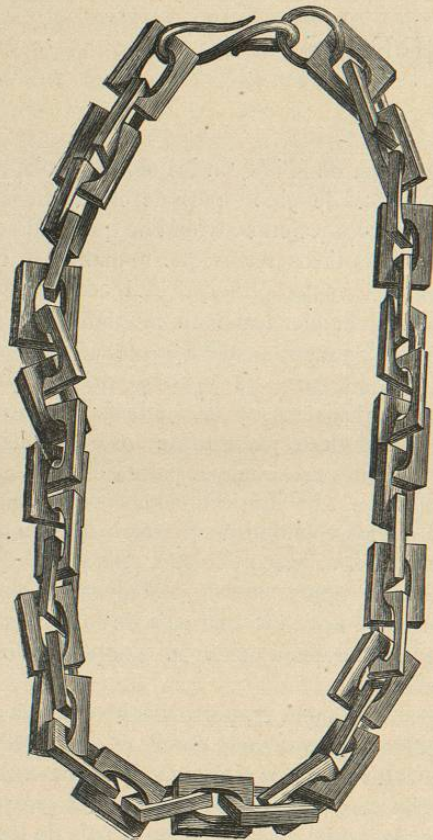
(1) Sólo los hovas que, en oposición á las demás tribus de la isla, se denominan á sí mismos *malagasi* conocen el nombre de Madagascar. Los habitantes de las islas vecinas llaman á Madagascar Tani-Be, es decir país grande: los suahelis la denominan Bukini. El nombre de Madagascar aparece por vez primera en Marco Polo, quien parece confirmar las relaciones mercantiles de los chinos con esta isla que se conocían por un pasaje de Edrisi, habiéndose tomado á la isla de Zaledj por Madagascar.

la cima más alta de la isla, en los montes Ankaratra, «tendrá poco menos de 9.000 pies de elevación.» Faltan en Madagascar volcanes en actividad no quedando de los que antes existieron otros restos que manantiales calientes y terremotos. El núcleo principal está constituido por una meseta ondulada que acaba en montañosa de minerales cristalinos, delante de la cual aparecen, aunque en extensión limitada, á lo largo de las costas del Este y del Norte territorios hondos; éstos y las colinas alcanzan mayores proporciones al Oeste y al Sud de los 23° de latitud meridional. De modo que la mayor parte de la isla está ocupada por montes y banales, circunstancia importantísima no sólo para la vida económica sino también para la vida política de esta isla. Recordemos á este efecto que Sibree, uno de los que mejor conocen á Madagascar, opina que el clima fresco y fortificador del país de los hovos ha contribuido poderosamente á hacer de este pueblo lo que en la actualidad es.

La región costanera es, por regla general, la más fértil pero también la menos sana; en ella es en donde principalmente se cultiva el arroz. Después de atravesar la estrecha franja de bosques que casi en todas partes se extiende por las llanas playas del mar, se llega al país de los pantanos y de las lagunas al cual siguen unas llanuras lentamente ascendentes y onduladas que poco á poco se van convirtiendo en colinas y formando los banales que coronan la meseta de Imerina y sus montañas. Esta es la región de las selvas y de los prados, más caliente, más fértil y mejor regada que el interior, y más sana que la costa; en suma es la parte mejor de Madagascar y la que más risueñas esperanzas ofrece. En las mesetas prevalece en una gran extensión el carácter de matorral. La desigual distribución de las lluvias durante el año puede explicar en parte la pobreza de bosques que en esta comarca se nota, pero es indudable que una gran porción de selva fué consumida por el fuego con que los madagascarenes inauguran su agricultura cuando esquilmas unas tierras se ven obligados á roturar otras. Las partes más altas y por consiguiente las divisorias de aguas de este país montañoso están emplazadas hacia el Este y sus bordes de 1.200 á 1.600 metros de elevación son mucho más altos que el interior, en cuyas hondonadas se quiere ver las huellas de antiguos lagos. De aquí que el drenaje sea muy imperfecto y que vastos espacios de la meseta estén cubiertos de pantanos.

Madagascar ofrece poco espacio para el desarrollo de grandes ríos á los cuales tampoco es favorable el clima, así es que el río mayor, el Betsiboka, tiene, á lo sumo, una longitud de 500 kilómetros. La región de los alfeos, en la que está enclavada en su gran parte Madagascar, hace muy marcado el contraste entre la estación húmeda y la seca y

limita, además, la primera. Así en el país alto como en los territorios bajos de la costa suceden violentamente las sequías y las inundaciones y la configuración del suelo produce necesariamente grandes desigualdades en las vertientes. La falta de ríos se halla, en parte, compensada por las lagunas que forman, especialmente en la costa oriental, una larga cadena. Dado este drenaje incompleto los continuos aguaceros ocasionan grandes inundaciones que se presentan tan de repente que los habitantes se ven arrastrados durante el sueño con sus cabañas por las aguas entre cuyas



Collar de los madagascarenes fabricado con cuerno (Museo de la Missionary Society de Londres).

olas hallan la muerte. Estas grandes inundaciones son también propias del país alto.

El verano sigue el curso del sol, que produce simultáneamente el calor y la humedad, y comienza, en el Norte de Madagascar, en el mes de noviembre; el invierno, que es la época del descanso y del restablecimiento de fuerzas, dura desde mayo hasta fines de octubre. En la parte Sud de la isla el cambio de estaciones se retrasa un mes. La temperatura de la costa es durante todo el año naturalmente más elevada que la del interior, en cambio en éste, en Antsianaka por ejemplo, el calor se deja sentir con igual y quizás con mayor intensidad que en la costa. En Antananarivo el frío no es un fenómeno raro entre junio y setiembre, cubriéndose luego de nieve las montañas de Ankara. Un detalle extraño: en esta isla el período menos sano es el de las lluvias.

La flora de Madagascar se parece, en lo esencial, á la del interior y del Este de Africa con algunas reminiscencias de la india, pero á pesar de su riqueza ofrece menos elementos para la alimentación y otras necesidades del hombre que las de otros países menos abundantes y variadas. Las plantas que sirven de alimento principal al hombre en ninguna parte de esta isla aparecen en estado silvestre. Cierto que los madagascarenes comen algunas

frutas y raíces del país, pero más que por otra cosa es por golosina ó por dura necesidad cuando se pierde la cosecha, pues la flora indígena de Madagascar no representa verdadero papel en la alimentación del hombre y si alguna importancia tiene es desde el punto de vista del traje y de la construcción de chozas. La mayor importancia corresponde á la distribución natural de la vegetación en Madagascar que se manifiesta en una faja de espesos bosques que, correspondiendo á los bancales de esta isla, se extiende á los pies del país alto; manifiéstase también en las sabanas de la costa y en las últimas superficies cubiertas de hierba del interior; éstas sostienen la ganadería que influye en toda la vida de los madagascarenes, y las primeras encierran en sus preciosas maderas una gran riqueza y se convierten después de quemados los árboles en fertilísimos campos. Hace siglos la madera de ébano figuraba ya entre los artículos de exportación de Madagascar. Estos bosques ofrecen, además de maderas, algunos frutos refrigerantes. El meollo del fruto de *voavontaca*, especie de *Strychnos*, se cita como refresco ácido y más aún el del tamarindo; de las especies gigantes del *Arum* cómense el fruto y la raíz. Son comunes á la costa y á los bancales algunas palmeras y otras plantas á éstas parecidas, especialmente el cocotero que si no es indígena debió ser introducido en tiempo muy antiguo y cuyo nombre, *voanio*, es análogo al que algunos pueblos de Polinesia dan á este árbol: lo muy propagado que está el cocotero no se aviene con la opinión de los que afirman que fué casualmente arrojado por el mar á esta isla hará sólo 200 años. En las llanuras de la costa abunda mucho la palmera sagú, pero los indígenas no sacan de ella utilidad alguna. La más utilizada de todas las palmeras es la rafia (*Sagus Raphia*) cuyas hojas de 6 metros de largo proporcionan con sus venas excelentes materiales de construcción, mientras que las hojas pequeñas y pennadas ofrecen magníficas fibras para los tejidos. Además de los bambúes que tanto abundan y tanta aplicación tienen, merecen ser citadas las lianas con las cuales confeccionan los hovas desiguales pero sólidas cuerdas y las palmeras *borassus* (*Borassus flabelliformis*), con lo que habremos enumerado las más importantes plantas útiles del territorio bajo y de las colinas.

La vegetación del país alto consiste casi exclusivamente en pastos y en matorrales que acorralan la vegetación selvática en las hondonadas y en los estribos de las montañas. Abundan en esta parte de la isla las plantas punzantes y espinosas teniendo todas ellas aplicación en las fortificaciones que con raras excepciones encontramos en todas las aldeas hovas.

De todas las plantas indígenas de Madagascar las más utilizadas son las hierbas, pues, aun prescindiendo de la tan importante ganadería, la confección de esteras, cestas y cabañas de paja constituye la principal ocupación de los madagascarenes. En algunas comarcas de la costa y en el país de Betsileo, los pobres llevan por vestido esteras de grama; con ésta se cubren las casas y con los ligeros troncos triangulares de un junco parecido al papyrus y llamado *sozoro* constrúyense armadías semejantes á las de ambatsch y de bambú. En el país alto que tan pobre es en árboles, el único combustible de muchas comarcas es la hierba. Quédannos todavía por nombrar algunas plantas indígenas útiles. Con los frutos de la solanácea *Buddleia* se fabrica un aguardiente y con sus amarillas flores se pintan los tejidos de rafia; el fruto del *ravintsara* es citado como especia que reúne las cualidades del clavel, de la canela y de la nuez moscada. La pimienta crece en estado

silvestre pero es muy probable que sea una planta importada; lo propio sucede con el jengibre y con el cardamomo. El aloe era ya en el siglo décimoséptimo un artículo de exportación de esta isla. Las plantas colorantes son muy numerosas siendo el añil objeto de cultivo.

En pocas partes del globo están tan limitadas como en Madagascar las relaciones entre la fauna y el hombre. Como faltan en esta isla los grupos de gatos grandes, de hienas, de cánidos y de paquidermos, todos los ungulados, excepción hecha de una sola clase de tapires, y los monos; y como los mamíferos sólo están originariamente representados por ejemplares pequeños, salvajes y en su mayoría nocturnos de los semi-monos, por insectívoros y murciélagos, el hombre no se encontró en estos países con los encarnizados enemigos que en otras comarcas tropicales tenía que combatir, ni pudo sacar de la fauna indígena amigos y compañeros: el perro, el becerro, la oveja, la cabra y la gallina fueron introducidos modernamente en Madagascar y el caballo y el asno lo han sido poco menos que en nuestros días. Entre las aves, un halcón denominado *voramahery*, es decir, pájaro robusto, figura en el escudo de armas de Imerina y ha llegado á convertirse en emblema hova en todos los territorios de la isla en donde éste domina. Las serpientes de Madagascar son, salvo contadas excepciones, inofensivas; los cocodrilos abundan y representan un papel demasiado importante en la superstición de los madagascarenes; los ríos y las lagunas están poblados de peces, de muchas clases de los cuales come la población pobre, que también mata el hambre, amasándolas con grasa, con las langostas que en numerosas bandadas se dejan caer á menudo sobre los arrozales. Finalmente no hemos de olvidar que la fauna de Madagascar ofrece manantial abundante para un gran número de refranes, fábulas y mitos al espíritu de este pueblo tan observador como dado á la fantasía, estando aquélla íntimamente relacionada con una gran parte de lo que puede llamarse literatura madagascarena. Sin embargo, si abarcamos en su conjunto todo esto, observaremos que no son las plantas y los animales indígenas sino los importados del extranjero los que mayor influencia han ejercido en la vida de los pueblos de esta isla: sólo de estos últimos han salido los verdaderos animales domésticos y las plantas de cultivo propiamente dichas.

CAPITULO II

SITUACIÓN ETNOGRÁFICA Y VIDA EXTERIOR DE LOS MADAGASCARENES.

«Con mucha razón puede afirmarse que los habitantes de Madagascar no son, en gran parte, de origen africano.»

SIBREE.

El pueblo. — Elementos malayos y africanos. — Pretendidos enanos. — Otros elementos. — Influencias árabes. — Reciente preponderancia de la población malaya (hovas). — Problema lingüístico. — Contactos etnográficos. — Teoría de las inmigraciones malayas y africanas. — Cifra de la población. — Carácter y espíritu de los madagascarenes. — Traje. Armas. — Cabañas y aldeas. — La capital de los hovas, Antananarivo. — Agricultura. Ganadería. — Industria. Comercio y tráfico. Navegación.

Esta isla que por su situación al lado del continente africano parece haber tenido encadenados sus destinos históricos á los de esta parte de la tierra, hállase, sin embargo, en lo que afecta á su vida etnográfica, desligada por completo del resto de Africa. Es indudable que abierta en gran escala á las influencias asiáticas éstas no sólo se han dejado

sentir en la esfera de la cultura material y espiritual, como ha sucedido en el Este de Africa, sino que, además, á la población de esta isla han afluído riquezas de innegable origen asiático de tal manera que aun hoy en día podemos clasificar una parte de las mismas y seguirlas hasta determinados territorios originarios del Asia meridional. Sin embargo este torrente de poblaciones asiáticas se ha precipitado sobre una base de elementos populares africanos no menos indubitada por su pertenencia y por esto la cultura de esta isla grande y á grandes cosas llamada ostenta un carácter más africano que asiático. Aun cuando la tribu hoy dominante en Madagascar es de origen asiático, el curso de la historia de esta isla se nos presenta, al igual que en Africa, como fragmentario, sin objetivo y pasivo con relación á su influencia sobre el desenvolvimiento general de la humanidad; Madagascar no tiene más participación probada que el Africa oriental en la historia de los pueblos del Océano Indio que sólo adquirió verdadera importancia histórico-universal en la India y en la Arabia. Considerada desde el punto de vista de la clasificación de razas, ofrece la población madagascarena gran variedad de aquellos elementos que más peso suelen tener en la determinación de pertenencias á unas ó á otras razas. El color de su piel oscila entre el amarillo bronceado claro que recuerda al de los sudeuropeos y el moreno-negro más oscuro; de la misma manera varían sus cabellos entre el pelo lanoso de los africanos y los mechones rígidos de los malayos y finalmente sus fisonomías oscilan entre el tipo negroide y el malayo mogol. Unas veces todas estas cualidades aparecen reunidas en una tribu, otras están distribuidas de un modo bastante marcado entre tribus diversas. La división de los principales elementos de la población en malayos y africanos, que designamos como hovas y sakalavos (1), es tan indudable como oscura es la historia de la reunión de esos dos pueblos en un principio tan distantes entre sí. A pesar de las muchas formas de transición nacidas de mezclas y á pesar de que otros pueblos, especialmente los indios y los árabes, inyectaron algunas gotas de su sangre en las venas de esta población isleña, una feliz casualidad ha conservado tipos puros de ambas procedencias en número suficiente para permitirnos reconocer algo más que un resultado etnográfico acabado.

Una gran parte de la población de Madagascar ofrece más ó menos marcado un tipo negro (véanse los grabados de las págs. 634 y 637), que también se nos aparece en las descripciones que se han hecho sin ningún fin antropológico. Granddier describe en los siguientes términos á sus acompañantes en el viaje que hizo por el país de los antenosis: «Los doce antenosis eran negros y repugnantes como verdaderos madagascarenes de la costa oriental; sus cabellos enmarañados, ensortijados y divididos, según la costumbre de su tribu, en quince trenzas pequeñas untadas con aceite, hacían más repulsivos sus semblantes gruesos, achatados, con los labios salientes y la nariz chata. Por lo demás, eran bastante robustos y soportaban con facilidad las fatigas, mostrándose dóciles y alegres pero codiciosos como todos los habitantes de la isla.» La semejanza con los negros es, según esto, tan patente que bien puede decirse que ella constituye la descripción más concisa y más exacta. Hildebrandt hace notar que por su aspecto físico y por

(1) La costumbre lingüística francesa designa á los hovas como malgaches ó madagascarenes y á los demás habitantes de la isla, así del Norte como del Sud, como sakalavos: *Sakalava*, antiguamente también *Sakleo*, es una palabra hova y significa «gatos monteses largos.» En cambio los sakalavos llaman á los hovas *umbualambos*, es decir, pícaros infames.